

LIBROS

OTRA CARTA
A LEO POPPER

Para Hamvas, ensayista platónico en el sentido que el joven Lukács le había dado al término y del que se retractaría como marxista, la escritura de ensayo era indisociable de la amistad que procura la lectura.

ANTONIO LASTRA

Béla Hamvas, *La melancolía de las obras tardías*, selección y traducción de Adan Kovacsics, Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2017.

En su monumental biografía de Georg Lukács, Arpad Kadarkay dedicó tres o cuatro páginas inusualmente delicadas a la figura del escritor Béla Hamvas (1897-1968).¹ Al acabar la Segunda Guerra Mundial, Lukács y Hamvas volvieron a Budapest desde la Unión Soviética, donde el primero se había exiliado veinticinco años atrás y el segundo había estado prisionero en campos de internamiento. Hamvas había sido bibliotecario antes de la guerra y, en coherencia con

¹ Véanse Arpad Kadarkay, *Georg Lukács. Vida, pensamiento y política*, trad. de F. Agües, Alfons el Magnànim, Valencia, 1994, p. 627 y ss., y Georg Lukács, *El alma y las formas*, ed. de A. Lastra, PUV, Valencia, 2013. Cito por el título en español los ensayos de Hamvas recogidos en *La melancolía de las obras tardías*. En <http://www.hamvasbela.org/> está disponible buena parte de sus ensayos en húngaro y una selección en inglés. En 2014 la editorial Acanalado publicó *La filosofía del vino*, traducido también por Adan Kovacsics.

el mundo de lectores al que pertenecía, quería publicar en ediciones de bolsillo a Heidegger, Nietzsche o Kierkegaard, entre otros referentes de lo que seguía pensando que era la tonalidad literaria propia de la época. Kadarkay cuenta que solicitó la ayuda del autor de *El alma y las formas*, convertido para entonces en el árbitro oficioso de la cultura húngara, y que Lukács se la negó. Las razones que adujo tenían que ver con su evolución ideológica, que lo había llevado a abrazar un marxismo que había disipado la “niebla mística” que envolvía, según sus propias palabras, sus primeras obras, pero además querían ser una advertencia para escritores más jóvenes, como Hamvas, reacio a desprenderse de la *anthologia humana* –“de Nietzsche a Platón”– con la que identificaba lo mejor de Europa. Varios años después de que la defensa de esa tradición, circunstancialmente renovada, en su opinión, por la revolución del arte abstracto que expuso en el último libro que pudo publicar en vida, lo condujera a la persecución y la prohibición de sus obras, Hamvas anotó en su diario el drama de quienes, “excluidos del Occidente e incapaces de asimilar el Oriente”, quedaban abandonados a su propia pobreza. (Con “Occidente” Hamvas aludía al mundo capitalista; con “Oriente” al mundo comunista. Del verdadero Oriente Hamvas fue un conocedor extraordinario, como lo demostrarían sus traducciones de las *Upanishads* o de Lao-Tsé. ‘El lugar de Heráclito en la historia espiritual de Europa’ manifiesta su auténtica relación con el logos de Occidente. “En la humanidad –escribió–, todas las aspiraciones del hombre del espíritu se frustran.”)

El dictamen de Lukács fue determinante para la censura. Hamvas tuvo que ganarse la vida con el trabajo de sus manos, por utilizar una frase de Thoreau, con quien Kadarkay lo comparaba: “... una especie de Thoreau magiar”, aunque “en la Hungría de Hamvas no hubiera ninguna laguna de Walden”. Los lectores de ‘El canto de los pájaros’, ‘La merienda del Señor’, ‘Árboles’ o ‘Coger cerezas’ apreciarán agradecidos esa comparación. Las descripciones del tilo del valle de Bakony, del pino junto a la fuente de Alsótátrafüred o del abedul de Hódosér y la “bendición” de la higuera de Korčula son de una prosa memorable en la que, en efecto, resuena el pensamiento

salvaje waldense. “Es bueno tener a alguien que desee por uno mismo, tener a un partidario, a un amigo, a un padre, a un ser amado. Uno nunca lleva consigo la bendición de su propia vida. Por eso es bueno que exista un ser maternal como esta higuera que para mí quiera lo mejor...” Como Thoreau, Hamvas se convertiría en un *azad* o religioso independiente, dispuesto a vivir su propia vida al margen del “aparato” (“Cuando la existencia humana se somete al aparato, el hombre pierde su sustancia”). En ‘Kierkegaard en Sicilia’ o en ‘Una gota de la perdición’ daría cuenta de esa decencia existencial: “Realizarme allí donde puedo”, “Aceptar solo aquello que la inteligencia puede ver a plena luz del día”. Hamvas no logró ver reconocida su obra en vida. En 1990, Hungría le concedió a título póstumo el premio Kossuth, aunque Hamvas se habría sentido infinitamente ajeno a la posterior deriva populista de su país. (Mientras escribía estas palabras, el Parlamento húngaro acababa de aprobar una ley para levantar alambradas electrificadas en las fronteras y campos de concentración para los refugiados.) ‘Nadie’ es tanto una descripción sociológica de los regímenes totalitarios como una sátira del “ser reducido a la nulidad” que se ha “convertido en algo generalizado”. “Cuando se producen carencias candentes en la historia –escribió Hamvas– no queda tiempo para la reflexión tranquila. Por eso, el nacionalismo, el socialismo, el fascismo y el comunismo son intentos urgentes y desesperados; no son existencia real, sino ficticia.” En ‘El maravilloso viaje de Joachim Oldbrin’, donde la escritura de ensayo se funde hermosamente con una imaginación narrativa moldeada por Kafka, Hamvas relataría el destino de quienes, como él, no encuentran su lugar en este mundo.

En su ensayo sobre la amistad (*A barátáság*, ‘On Friendship’ en la traducción al inglés de Zsolt Suto), Hamvas señalaba que *philia* es la primera palabra de la comunidad. No lo fue desde luego del comunismo y no lo será en la era de ‘Nadie’. La enemistad de Lukács es, por ello, clave

para entender la obra como ensayista de Hamvas, en la medida en que la amistad está inextricablemente ligada a la escritura de ensayo: los diálogos de Platón, los escritos de los místicos o los ensayos mismos de Montaigne lo ponían de manifiesto, como el propio Lukács había advertido en el primero de los ensayos que componían *El alma y las formas* y que se presentaba como una carta a su amigo Leo Popper. Bajo la apariencia de una discusión sobre el género del ensayo y su posición entre la vida y la filosofía, entre los universales y las cosas, entre la imagen y la significación, latía la exigencia de que la obra estuviera configurada a partir de una misma materia y sus partes lo suficientemente ordenadas como para alcanzar el equilibrio en una multiplicidad. Lukács observaba que había vivencias que ningún gesto podía expresar y que, sin embargo, anhelaban la expresión: la intelectualidad, la conceptualidad como vivencia sentimental, como realidad inmediata, como principio espontáneo de la existencia, que llevaban a plantear una pregunta sin respuesta –qué es la vida, el hombre y el destino– para la que el ensayista estaba especialmente dotado. El ensayista habla siempre de las cuestiones últimas, pero lo hace como si solo se tratara de imágenes y de libros y de ideas. En el ensayo que seguía a la carta a Leo Popper, dedicado al crítico Rudolf Kassner –hoy casi olvidado, pero el autor más citado en *La melancolía de las obras tardías*–, el ensayista recibía el nombre de “platónico”. Como platónico, el ensayista se oponía al poeta. El platónico estaría siempre cerca de las cosas y eternamente lejos de ellas.

Para Hamvas, esencialmente un ensayista platónico en el sentido que el joven Lukács le había dado al término y del que se retractaría como marxista, la escritura de ensayo era indisociable de la amistad que procura la lectura. “En el mundo humano –escribió–, la amistad fue y será siempre el modo clásico de vida. La amistad trasciende la irrealidad desconcertante del ser humano, que inexplicablemente llaman realidad, y resuelve la vida de una manera poética. [...] La amistad hace que la vida misma sea poética; la vida se convierte en poesía. [...] No escribimos poesía, pero la vivimos.” La palabra de Hamvas para quien no podía vivir así, dedicándose, sin embargo, al

lenguaje, era “literato”. “El lenguaje del literato encaja perfectamente con las necesidades de quienes no saben, no quieren o no se atreven a vivir una vida verdadera.”

Que Lukács no pudiera aceptar semejante rectificación de la biografía –que, según Hamvas, iba tanto hacia delante como hacia atrás– y condenara al silencio a Hamvas ha tenido como efecto que su obra sea en sí misma tardía. La frase “melancolía de las obras tardías” asume la condición poética de su escritura. Hamvas señala que no se puede humillar una vida hasta hacerla perder la última “gota de miel”, la “bendición” que contiene. Censurarlo fue, naturalmente, un intento frustrado de humillarlo, pero la melancolía de la obra tardía de Hamvas no proviene de la impotencia última del poder, sino de “maravillarse en silencio, con dolor, de la transitoriedad absurda e incomprensible de la vida”. Esa melancolía es “el saber definitivo”, pero nadie, ni siquiera Lukács, tan admirablemente platónico como nefasto literato, puede compartirlo con el que lo posee.² 🐣

ANTONIO LASTRA ES INVESTIGADOR EXTERNO DEL INSTITUTO
FRANKLIN DE INVESTIGACIÓN EN ESTUDIOS NORTEAMERICANOS,
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ.

2 Comparar *La melancolía de las obras tardías* con el también póstumo *On Late Style* de Edward W. Said, especialmente en lo que dicen de la música -ambos fueron excelentes pianistas-, sería mucho más que un ejercicio de estilo.